



MONSEÑOR MANUEL JOSE SIERRA

1936 - 1941

Primer Rector de la U. C. B.

† 1º. de marzo de 1941.

EL CONSEJO DE LA
UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA

C o n s i d e r a n d o :

Que Monseñor Manuel José Sierra vinculó su vida y obra a la Universidad en forma tan substancial que se confunden con ella;

Que como su primer Rector le correspondió actuar en la época más difícil de estos claustros; superó los más peligrosos obstáculos y encauzó la Universidad por caminos seguros de grandeza;

Que reunió tal cúmulo de condiciones superiores como rector, organizador, profesor, consejero y batallador heroico, que impuso su nombre y el de la Universidad al respeto y admiración de toda nuestra raza;

Que es deber de la Universidad perpetuar la memoria de sus hombres representativos,

R e s u e l v e :

Con fondos de la Universidad Católica Bolivariana, con posibles auxilios oficiales y por contribución popular, se erigirá una estatua en bronce en el sitio central de la Ciudad Universitaria, que perpetúe la memoria de este grande hombre;

Al pie del bronce una placa llevará esta leyenda: "SE LEVANTO COMO UNA LLAMA Y SU PALABRA ARDIA COMO UNA ANTORCHA. BIENAVENTURADOS LOS QUE LE VIERON Y FUERON DECORADOS CON SU AMISTAD". (Ecc.). LA UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA, A SU PROGENITOR;

El Consejo nombrará una Junta compuesta de seis miembros, presidida por el señor Rector de la Universidad, encargada de realizar este proyecto en el menor tiempo posible;

En la serie de ediciones "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA" se editarán en su homenaje los siguientes volúmenes: una compilación de sus artículos y discursos; un tomo de los escritos en su honor; su obra de Apologética y sus Lecciones de Psicología, ordenadas y anotadas de acuerdo con la expresión de su última voluntad.

Monseñor Manuel José Sierra

Oración fúnebre pronunciada
en la Catedral Metropolitana de
Medellín el 3 de marzo de 1941

Felix Henao BOTERO

"Sapientia ædificabitur domus, et prudentia roborabitur".
Con su sabiduría edificó una casa y con su prudencia la
fortaleció. (Prov. 24, 3).

EXORDIO

El sentido católico de la muchedumbre guarda silencio ante una tumba que se abre para sellar con caracteres de inmortalidad una escuela de cultura nacional. La angustiosa expectativa de la última veintena ha tenido como desenlace el abrazo de un alma superior, ungida en el óleo de la salud, con Jesucristo sacerdote. Mientras tanto, por la escala misteriosa que tiene su soporte en el corazón de Cristo y cuyos peldaños ascienden hasta el trono del Señor Omnipotente, suben como en el sueño del patriarca, el cúmulo de sacrificios, plegarias y votos, suspiros y promesas de la ciudadanía, por El, guión de multitudes, amigo de los sencillos, consejero a menudo de los conductores, fuerte brazo, medula y cerebro de toda una concepción cristiana de la vida, de la historia y de la patria entre nosotros.

De hinojos a sus plantas el enjambre articulado de la UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA, con el pabellón entutecido, el espíritu en ascuas, firme el juramento de fidelidad y triturado el corazón. Junto al catafalco se apretujan los heroicos familiares, raza de valientes, cuyas palpitaciones se confunden con un solo ¡ay! tan íntimo como angustioso. Allá en el presbiterio,

sobre el solio de los Prelados, el Pastor que le entregó el tesoro de las juventudes y la bandera de las reivindicaciones jurídicas de la Iglesia a ese varón, fuerte porque es sabio, robusto y válido por ser docto: "Vir sapiens, fortis est: et vir doctus, robustus et validus". - Prov. 24. 5.

A su lado, graves sacerdotes, senado del Pastor, musitan las preces de la esperanza y entonan la desolada voz de la Iglesia acongojada. En el templo y por las calles la muchedumbre incontable de sus amigos y admiradores se acerca como rebaño herido junto al Pastor en los días de tormenta. Parece viuda la ciudad, están tristes los sencillos, angustiados los obreros, silenciosos en la meditación los jóvenes, unidas en el dolor las almas que educó sobrenaturalmente para el sufrimiento heroico y el abandono en el divino poder que es el Divino Amor.

De todos los ángulos del país vuelan mensajes como llovieron plegarias, porque la muchedumbre de sus discípulos, de los beneficiados, llena los ríos de la cultura nacional. Buscad un rincón del país y allí los encontraréis, rezando por quien los encaminó a los secretos de Dios en el seminario, les entregó las verdades de la filosofía en las cátedras universitarias, las enseñanzas de la religión en los púlpitos, los consejos del espíritu de Dios en el confesonario, la orientación serena y firme para la vida del hogar o los quehaceres ciudadanos, el amor al prójimo y el perdón de las injurias como normas de tranquilidad interior. Si era genial, como era sencillo; si su compleja personalidad tutelaba con nobleza y bizarría el dogma y la moral, la filosofía y el derecho, el carácter y la hidalguía, los fueros de Colombia y los inalienables derechos de la persona humana.

Cuando murió Mercier, se paralizó Europa en el desgarrador espectáculo de un mundo que sufría el colapso de una cultura y se arrodillaba para bendecir al que pasó por las comarcas haciendo el bien. En la despedida de Monseñor Sierra se incorpora Colombia para mirar a su féretro, que es una invitación a seguir detrás el sufrimiento hasta los caminos de la gloria del Padre.

Medítemos, besemos su frente, oigamos su historia.

El buen sacerdote busca con silbos y reclamos el momento de zozobra para el rebaño, apacienta cotidianamente, vigila el aprisco y permanece insomne al pie de los abrevaderos, a fin de conservar incontaminadas las aguas y los pastos: "Mis ovejas me conocen y yo las conozco", dijo Nuestro Señor. Monseñor Sierra fue sacerdote de profunda, de intensa vida interior. Sin ella no hubiese irradiado tantos actos de grandeza moral, de estructura magnánima. Desde el seminario hasta la tumba, su devoción a Nuestra Señora, el devoto recitar de las preces del divino oficio, el diálogo matinal con Dios, la penetración y la gravedad augusta de los divinos misterios, la santa unción en el confesionario, la confianza en la adorable Providencia, el porte sacerdotal, el amor al Pontificado, un celo ejemplar por la dignidad del clero, la caridad con sus hermanos en el ministerio, la continua preocupación paternal con los sacerdotes ancianos o enfermos, el deseo de levantar cada día más y más el nivel del sacerdocio, permaneció, se acrecentó, se solidarizó con su corazón magnánimo.

Fruto de su alma sacerdotal aquellos sindicatos católicos y ligas de campesinos, la unión de caridad de San Pablo entre los sacerdotes, el celo por las obras del culto, la magnificencia en las ceremonias cuando la obediencia le llevó a las parroquias, el monumental Cristo de los Andes arropado por los vientos y guarnecido por las nubes, el apoyo a las Hermanas de los Pobres y a las Siervas de la Sagrada Familia, los catecismos entre los campesinos de su montaña-refugio, las conferencias sobre la concepción cristiana de la vida, el decidido aporte a la paz de los hogares, el óbolo munífico a las empresas de caridad, el sostenimiento de vocaciones sacerdotales, su entereza y entusiasmo porque marchásemos junto a la tumba del Pescador discípulos suyos del seminario, todo ello es testimonio de la verdad.

Vivió sacerdotalmente, sufrió con el valor de los mártires, aceptó la cruz, la corona y las espinas con el abandono de las almas superiores y de los sacerdotes ejemplares. "Cuncta fecit, bona in tempore suo". Hizo todas las cosas buenas en su tiempo. (Eccl. 3. 11).

Por donde transitaba la huella de su grandeza interior marcaba la estela de sus virtudes. Al recibir los últimos sacramentos, su devoción semejava la de un niño de primera comunión. En la noche inolvidable de la extrema unción, parecía vaciar sobre los corazones torturados los tesoros vigorizantes del riquísimo divino Corazón.

Sacerdote eternamente, reposa junto a Cristo victimal

EL CONDUCTOR

De Roma trajo códices y pergaminos, toda una estructura teológica y aquella alta, noble y limpia concepción filosófica que irradió por donde quiera. Testigos son las academias del Seminario y de las Universidades, en las cuales descolló su saber, emergió su visión sutilísima de los altos problemas que inquietan al mundo de los sabios. Nadie olvidará aquellos torneos brillantísimos, en que alternaba en sagacidad y prontitud intelectual con los Milicua y Muñoz, los González Arbeláez y aquella categoría superior de los teólogos de España y de Colombia, formados en centros intelectuales de primera magnitud en Europa. Verle saltar con el concepto preciso, el argumento apodictico, la aguda apreciación de un sofisma, el martillazo contundente de su dialéctica feliz, era asistir a un espectáculo de la inteligencia, desplegado sobre el panorama como una bandera que flota gallarda sobre las cumbres, sostenida con pulso firme y brazo que no trepida. Los torneos de la Gregoriana —disputas de los sabios con los jóvenes eclesiásticos— tuvieron aquí, bajo la rectoría intelectual de Monseñor Sierra, un foco similar, espléndido y fulgurante. Monseñor Sierra en Medellín y Monseñor Carrasquilla en Bogotá, son los dos grandes escolásticos de una centuria en Colombia. La metodología del doctor Sierra, organizada para el asalto o la defensa, era fiel trasunto de la Summa; su exposición llana, inflamada, sintética, majestuosamente serena, semejava uno de aquellos ríos solemnes que fertilizan las riberas, dan la impresión de segura trayectoria, a través de montes y rocas, en el día y por la noche, y se precipitan al mar como a su propio manantial.

Los médicos, ingenieros, abogados, sacerdotes, estadistas, po-

liticos, gobernantes que le deben su mentalidad crítica, la seguridad dialéctica, el amor a las disciplinas superiores, se cuentan por legiones. Su cátedra de treinta años no apagó la lumbre al levantarse del sol o hacia el ocaso. En ella la filosofía espiritualista, la pedagogía racional, el impetu de la superior aspiración, el ejemplo del carácter, el dominio de su YO interior, corrían paralelos. De sus clases se salía mejor, restaurábanse los bríos para la lucha, se despejaban incógnitas y los problemas brotaban en la mente para ser dilucidados. En torno suyo esa corona simbólica de la opinión nacional sintentiza el clamor adolorido de sus hijos en la fe, en la cultura o en la dignidad: "Et circa illum corona fratrum". (Eccl. 50. 24).

Una mañana se fue a la imprenta y creó aquella revista memorable colocada desde su primera entrega al frente de Antioquia cultural; otro día fundó un semanario, dedicado al interés de la patria y a crear el fuego de la ardentia y de los hidalgos procederes entre las filas católicas atormentadas por un laicismo tan presuntuoso como invasor; ayer erguía su figura en la vieja catedral y exponía delante del jefe del Estado los problemas del carácter y la tesis del valor cristiano. Desde tiempos atrás desmoronaba con el poderío de su lógica perspicaz los intentos del modernismo, copia de Murry y de Loisy; más tarde —campeón de la libertad y de la ética— aceptó contiendas acerca de pedagogía católica y tronaba en los sitios de combate en defensa de la disciplina y del carácter. Escribió páginas densas y un volumen saturado de doctrina, severo como su contenido y audaz como su genio, en defensa de los divinos mandatos, de los principios pontificiales, de la sabiduría cristiana. Y por las noches, cuando las gentes le dejaban reposar, se ponía en contacto con el pensamiento de Grecia y de Roma Imperial, de la edad media y de las modernas Universidades.

El movimiento cultural de la post-guerra, el creciente influjo del racionalismo antipositivista, inquietó su mente abierta y su espíritu apologista. Las doctrinas modernas en filosofía le encontraron insomne tratando de escudriñar su sentido, de catalogar su trayectoria, de aceptar lo adoptable, de rechazar los sofismas fastuosos. Más de una ocasión le vimos con el desdén en los labios por

ciertas formas de expresión que copian los viejos postulados, adulterándolos o arropándolos con una fraseología convencional. Hombre de grandes tesis, de atrevidas síntesis, de veloz travesía por el hondo pensamiento de los genios cristianos, sabía orientarse con la brújula de su mente, la prudencia de su celo y el amor denodado a la verdad.

Reflejo de su cultura fue el emporio de la Universidad de Antioquia en sus días áureos; y es aquel semillero y fortaleza espiritualista, fuerte como una pirámide y articulado como la concepción escolástica, que se llama la UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA. En ella todo es claro como su talento, ordenado como su rápida concepción de los problemas, en orden de marcha para los caminos del espíritu. El positivismo atomizó las universidades al desconocerle los derechos al alma estudiantil y al espíritu católico creador de las universidades. Fruto de su genio audaz, aquel organismo sin rival en los fastos de la América Hispana, surgido gigante a la vida, por un soplo inspirador de juventudes, ese bastión de la fe y fortaleza de la heredad latina, nuestro grande instituto. El niño que empieza el silabeo y el joven que presenta su pecho a la vida, troquelado en los libros, en la investigación y en los reglamentos, junto a los anaqueles en los seminarios o en el laboratorio, conviven como hermanos, amigos y camaradas.

El espíritu bolivariano ya viene dando sus frutos en sazón, exprimiendo en las copas de la amargura lo mejor de sus reservas vitales: Juan Evangelista Martínez y Baltasar Uribe Isaza, Correa Viana y Roberto Restrepo, le precedieron en el camino hacia Dios y supieron captar el fervor sobrenatural y el vigor de su cultura. Almas exponentes de nuestros claustros, variadas en los temperamentos, pero unidas en los fines: el decano, repúblico y jurisconsulto, franco y jovial, artífice de una generación; los estudiantes, claros como un cristal, serenos y alegres en las fiestas del espíritu, y el Rector, columna y sostén, basamento y armadura del edificio. Compañeros en la lucha, dialogan ahora con Dios, le presentan el llanto y los propósitos de esta muchedumbre de jóvenes, escudados bajo el manto de su protección por la comunión de los santos.

"Fili, recordare quia recipisti bona in vita tua". Acuérdate, hijo, de los bienes que te hizo en la vida. (Lucas, 16, 25).

¿Quién es aquel providencial señor, cuyas tareas empiezan con el alba y terminan al promediar la noche, dotado de una febril actividad dentro de la armónica conjunción del todo orgánico? Interviene en la elaboración de los estatutos, reglamentos y programas; vigila la transmisión de las doctrinas; permanece atento a los métodos de la preparatoria, a los gabinetes y laboratorios de física y de química y acrecienta cotidianamente la biblioteca; no le son ajenos los pesares y dolores de profesores y estudiantes; es el continuo inconforme con lo realizado y el permanente agitador de la colmena en producción; acude a la junta económica en Medellín y en Bogotá, iluminándola y dándole su fuerte apoyo; planea futuros destinos para la ciudad universitaria; discute con arquitectos e ingenieros el fondo y los detalles; defiende con los datos y los hechos la fama del plantel; suscita estímulos entre los estudiantes y es con ellos pródigo y generoso; quiere y manda que se estudien a fondo los temperamentos difíciles a la luz de la experiencia, de la psiquiatría y de la hermenéutica pedagógica; promueve intercambio de ideas y programas en las reuniones discretas con los educadores; se vincula en una acción armónica con los colegios de la ciudad, con los de Bogotá y Manizales; adquiere en compañía de estadistas renombrados los campos de "La América" y el mejor laboratorio de química para los estudiantes; promueve la fundación de becas para los alumnos pobres; crea el círculo de obreros en el cual tiene puestas todas sus complacencias; atrae a la mujer al círculo de estudios superiores, a fin de vincularla a los destinos de la Universidad; dirige en persona el desfile de los estudiantes en las manifestaciones de la fe o en las fechas de la raza, se comunica con centros universitarios de ambos mundos; dirige una revista que elogian a porfía tirios y troyanos desde la cima del pensamiento cultural; se interesa por que estudiantes y profesores investiguen, avancen, inquieten y creen hábitos de estudio. Y cuando un joven cae o el otro desmaya en las costumbres, corre solícito en su búsqueda, le adoctrina y levanta. Y cuando yerra en el

consejo o se precipita en el ademán de increpación, del interior de su piedad surge el gesto magnífico de todo un rector eximio que rectifica, o solicita perdón con la más abrumadora humildad. Si, señores, aquella alma prodigiosa fue humilde en la más exquisita sencillez.

EPILOGO

Todo su pueblo está gimiendo. "pupilli facti sumus absque Patre". (Oratio ger. 5. 2). Y nosotros estamos huérfanos porque el padre se ha marchado.

Ha muerto el grande, el magnífico, el sacerdote. Su cadáver yerto fue armadura de un alma extraordinaria. Su última apología fue su enfermedad, lucha titánica de un héroe cristiano. Su alma forcejeó, en el lecho de la congoja, por volar a Dios en la tremenda porfía, pues parecía estar unida al cuerpo con vínculos indisolubles. Su lecho de moribundo fue una final invitación a triunfar. Desde su alcoba de agonía dio la orden a sus legiones por el bien y la verdad. Cuando se sintió cercano a la despedida, levantó sus manos, convertidas en púrpura y sarmientos, bendijo a la UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA, su obra inmortal, a sus amigos, a sus familiares, a la ciudadanía.

Descansa en el seno de Dios, siervo bueno y fiel.